

La Ilustración Artística

AÑO XXXIII

BARCELONA 9 DE NOVIEMBRE DE 1914

Núm. 1.715

MADRID. - BAUTIZO DE UN NUEVO INFANTE



Grupo de la familia Real después del bautizo del infante D. Gonzalo. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

El día 29 de este mes efectuóse en el palacio Real el bautizo del infante D. Gonzalo, que nació el día 24 y cuyos padrinos han sido S. M. la Reina Doña Cristina y S. A. el infante don Carlos, en representación del exrey D. Manuel de Portugal.

A las doce en punto salió de las habitaciones de SS. MM. la Regia comitiva. Formábanla como de costumbre gentileshombres, jefes de palacio, grandes de España y damas de la Reina, que precedían a los portadores de los atributos; seguían el Nuncio de Su Santidad y el cardenal primado, el infante D. Gonzalo en brazos de la duquesa de los Llanos y los padrinos y detrás

de éstos S. M. el Rey, SS. AA. las infantas Doña Isabel y Doña Luisa con sus damas de guardia y otros dignatarios palatinos, y cerraba la marcha la banda de Alabarderos.

En la Real capilla ofició de pontifical el obispo de Sión, quien impuso al infante los nombres de Gonzalo, Manuel M.^a, Bernardo, Narciso, Alfonso y Mauricio.

Terminada la ceremonia, la comitiva regresó a las regias habitaciones en la misma forma que a la ida, entrando las personas Reales en la cámara de S. M. la Reina Doña Victoria para felicitar a ésta.

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Sueño de ciudad*, por Jacinto M.^a Mustieles. — *La guerra europea*. — *Por casar a su hija* (novela ilustrada; continuación). — *Sublevación monárquica en Portugal*. — *El cardenal Gasparri*. — *Lyda Borelli*. — *La guerra y la caridad*. — *Enfermeras ilustres*.

Grabados. — *Grupo de la familia Real después del bautizo del infante D. Gonzalo*. — Dibujo de Carreres, que ilustra el cuento *Sueño de ciudad*. — *El general Manoury*. — *La guerra europea*. — *Tropas canadienses desembarcadas en Plymouth*. — *Doctoras en Medicina del Canadá incorporadas a la Cruz Roja*. — *Soldados canadienses desembarcados en Inglaterra*. — *El tsar Nicolás II de Rusia revistando un regimiento de caballería*. — *El emperador Guillermo II y el gran Estado Mayor alemán en el teatro de la guerra*. — *Los alemanes en Bruselas*. — *Columna de infantería francesa*. — *Tumbas de soldados alemanes*. — *Un puesto de la Cruz Roja francesa*. — *Movilización general del ejército turco*. — *Prisioneros rusos en Brandeburgo*. — *Refugiados prusianos que huyen ante la invasión de los rusos*. — *El alto mando del ejército alemán*. — *Soldados escoceses asistiendo a los oficios divinos en el campo de batalla*. — *La sublevación monárquica en Portugal*. — *El cardenal Gasparri*. — *La eminente actriz italiana Lyda Borelli*. — *La guerra europea*. — *Un héroe ascendido a subteniente en el campo de batalla*, dibujo de G. Scott. — *La célebre cantante Adelina Patti visitando a los heridos belgas en el hospital de Swansea*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Y sigue la pesadilla de la guerra, esta opresión que aprieta los corazones y ensombrece el horizonte, cubriéndolo de mefíticos vapores rojinegros... Y no se sospecha siquiera por dónde podrá despejarse un poco el firmamento de Europa. En lo que convienen todos es en que hay guerra para rato.

Convienen ahora, sí; pero no pensaban de este modo cuando hizo explosión la noticia tremenda. Con optimista desconocimiento de las leyes de la historia, suponían que iba a ser cuestión de tres semanas. ¡Sí, tres semanas!

El secreto de que la guerra debiese concluirse tan pronto era, según decían, su misma enormidad, lo imposible de que subsistiesen los ejércitos y hasta las naciones, a causa del encarecimiento de los víveres y su desaparición de los mercados. A más, corrían rumores de que, veinticuatro horas después de romperse las hostilidades, ya habían subido a las nubes los huevos y la merluza, con otras nuevas del mismo género inocente. La verdad es que, a estas fechas cuando menos, ni aun los cereales señalan las oscilaciones de la guerra.

* *

Y lo que podemos afirmar de España, parece que también sucede en otros países. Hasta en Alemania, bloqueada, no han encarecido, según noticias, las subsistencias, detalle apenas creíble.

Y es que hasta el mayor desorden, el desorden supremo, que es la guerra, se ordena, por decirlo así, cuando dura. Los peores momentos han sido los primeros, el estupor y el pánico del instante en que se inició el pavoroso choque. Después, vino la reacción, y con la reacción, la necesidad de resistir, de calmarse, de seguir viviendo. Y, hasta donde fué posible, aun en los países invadidos, se organizó la defensa, no militar, no armada, sino pacífica, paciente, por el campo, por la casa, por la fábrica, por el tráfico humilde. Es la misión de los millones de existencias obscuras, y tal vez nunca sabremos cómo se han guarecido durante este deshecho temporal. Habría que seguir al día el flujo y reflujo de una marea profunda y sorda.

* *

Estos grandes fenómenos sociales se desenvuelven en la sombra y nadie repara en ellos. Pero es seguro que franceses y belgas están sosteniendo, no quieren abandonar las industrias y reanudan ciertas transacciones comerciales y cultivan la tierra y concurren al mercado, abren la tiendecilla; la inmensidad de mujeres trabajadoras, entre aflicción y lágrimas, vistiéndose tal vez su duelo de viudas o de madres, han manejado la aguja y la tijera, trenzado el mimbres, calado el encaje — porque la guerra, aun la más larga, es transitoria, y el hambre es de todos los días... De todos los días también, las necesidades de la vida; por lo cual, si se sigue produciendo, es que se sigue comprando... De fijo que los grandes industriales, durante este angustioso período, preparan sus *stocks*, acaso en espera de beneficios enormes, porque los salarios serán ahora más bajos, y las mercancías alcanzarán precios más tentadores el invierno o el verano que viene, cuando el ángel de la paz temblando aún, encogido y corrido, extiende sus desplumadas alas...

Es un mal momento que hay que pasar, pensarán: no lo pasemos enteramente ociosos. Por otra parte, la guerra misma, la guerra con todo su horror, abre, ¿quién lo dijera?, caminos al trabajo... La obrera, que ya no puede concurrir a la cerrada fábrica ni al taller donde se preparaba la moda de la estación siguiente, se dedica a confeccionar para el soldado prendas de ropa, de abrigo, porque el invierno asoma...

* *

He aquí un nuevo y lúgubre aspecto de la guerra: la nieve, el fango que de la nieve se arma, y en el cual los soldados patullan sin poder avanzar. Es la malevolencia del clima, la tenacidad de la naturaleza, sorda al sufrimiento del hombre.

En la otra guerra francoprusiana, que como todos recuerdan estalló en la misma época del año que la actual, fué el invierno lo que más abrumó a los combatientes. Y como suele suceder, por lo mismo que aquel año sería un bien tan grande la relativa benignidad de la estación, vino una de las más rigurosas que se recuerdan; los ríos helados, las fuentes hechas carámbanos, las lluvias torrenciales y las montañas y las llanuras revestidas de un sudario blanco, fúnebre...

En el ejército del Este, aquel desventurado cuerpo que dió grandes pruebas de constancia y valor, y en el cual militaban gentes del Mediodía, más sensibles a la temperatura rigurosa (como lo son ahora esos senegaleses que ha sido preciso reexpedir a su país, porque se morían), padeció con el frío lo que no cabe imaginar de torturas. Hubo un dramático episodio que me causó gran impresión cuando lo leí. Vivaqueaba un regimiento entre la nieve. Se les había prohibido encender hogueras, porque delatarían su presencia al enemigo. Y, sobre el suelo a la vez duro y embarrizado, aquellos hombres iban poco a poco insensibilizándose. Se habían quedado dormidos, mejor dicho, aletargados; la vida les abandonaba.

Presa de igual soñolencia, el oficial también cayó en sopor; pero sopor calenturiento, cruzado por visiones extrañas. Soñó que por el bosque próximo, enfundados en sus largos capotones, preparado el fusil, a paso de lobo, avanzaban los infantes prusianos. Ya se acercaban, ya estaban encima... Y, con un esfuerzo tremendo, sacudiendo el sueño letal, se irguió, gritó estentóreamente:

— ¡El enemigo! ¡El enemigo! ¡Arriba!

Con esfuerzo súbito empezaron a ponerse en pie los soldados franceses, echando mano de sus armas, sacudiendo los entumecidos brazos... Y el enemigo no pareció; pero las vidas de aquellos que iban a amanecer helados fueron salvadas. En cuanto al oficial lo que tenía era un acceso de delirio, una repentina locura; siguió corriendo y no volvió a aparecer. Volaba hacia el monte siempre gritando «¡El enemigo! ¡El enemigo!» Acaso cayese en un precipicio; acaso le matasen los alemanes. Nunca más se supo su paradero.

* *

Y yo — desde que el cierzo sopla, anunciando la proximidad de su riguroso hermano, el ábrego —, pienso: en nuestro templado clima, lo que va a ser de esos ejércitos, que verán caer sobre sus cabezas los copos blancos, el sudario glacial... No es posible calcular cuánto aumenta cualquier penalidad el frío. Suponed a los soldados hollando un suelo que recubre una capa de nieve de veinte a sesenta centímetros. De noche, sin techo en que abrigarse, sin tiendas de campaña, vivaquean, con los pies encharcados, rígidos, la cabeza entrapada para evitar perder las orejas o la nariz, el cuerpo transido; y, como la distribución de víveres no se ha realizado, el estómago vacío no envía al organismo un poco de calor. Tal va a ser, verosímelmente, la suerte común de aliados e invasores. Pero los sajones, más habituados a los climas duros, acaso no sientan tanto como los franceses y los italianos esta crueldad de la campaña.

Los ingleses, por ejemplo, están familiarizados con la nieve... Pero también lo están con el buen fuego de hulla, los desayunos calientes, la carne sangrante, la cerveza, lo que robustece y permite desarrollar calorías. No son el frugal hombre mediterráneo, que soporta el hambre estoicamente. Aun soportándola, llega un momento en que el *andrajo*, como dijo festivamente un escritor bien francés, pide lo suyo. También necesitan comer, aunque sólo sea pan, y mejor si es sopa calentita, esa sopa cuya falta parece señal evidente del desbarajuste en la Administración militar.

Hubo en la otra guerra un cierto general Durrieu (aquel que preguntó, en la granja de Mont Chevis, si no quedaban zuavos, puesto que no los veía atacar a la bayoneta). Este general, poco después, se volvió loco; y su locura consistía en pedir, llorando, pan para su gente... No había podido soportar la idea de que sus soldados se le morían de hambre.

Menos que los que están en campaña sufren los prisioneros de guerra; y, sin embargo, es tan apetecible y tan apetecida la libertad, que todos se trocarían por los que soportan todo género de privaciones y escaseces; pero no están bajo el peso del cautiverio.

Los prisioneros tienen seguro el rancho, la cama y la ropa. Hasta se les da trabajo pagado en algunos puntos de Francia (hablo de prisioneros alemanes). Su suerte si no es envidiable, por lo menos no es triste. Según refiere Juan de Becon, los sacan a paseo, los bañan, los tratan sin dureza alguna, y ellos disponen de tiempo para leer la *Biblia*, como buenos luteranos que serán, para distraerse, para gozar del sol y del campo y del reposo. No inspiran lástima. Hasta hay uno que, al escribir a su novia incesantemente, le anuncia que, al terminarse la guerra, se casarán y vendrán a pasar la luna de miel en aquel mismo lindo punto de vista de los Pirineos, San Juan Pied de Port, donde le han tenido preso y bien cuidado sus buenos enemigos los franceses...

* *

Sí; a veces, en guerras ferocísimas, en ésta en que parece haberse agotado la rabia de la destrucción, hay un aspecto benigno, donde la humanidad recobra sus derechos. Por un instante, se procede como entre hombres, no como entre fieras. ¡Se da de comer al hambriento, se da de beber al sediento, se entierra al muerto, se viste al desnudo! Consuela pensar que no toda la bella tierra de Francia está cubierta de rojos incendios, de líneas de muertos, de ciudades trémulas bajo el paso del invasor. ¿Es usted francófila?, insisten en preguntarme. Yo creo que esto no es francofilia. Es antropofilia solamente. Una hermosa nación devastada, ¿para quién será un espectáculo grato, a quién no causará pena? Cualesquiera que sean sus antecedentes históricos respecto a nosotros, Francia no puede dejar de parecerse algo identificado con nuestro modo de ser. Nos parecemos hasta en los defectos. Lo que nos separa es la línea de la frontera, no tan imaginaria e ideal como suele suponerse; pero que no estorba la incesante comunicación. Estamos en contacto continuo, y el francés, realmente, es el menos extranjero de los extranjeros para nosotros.

No, no se trata de francofilia. Se trata de un terror profundo ante lo desconocido, ante el misterio de lo que va a surgir de esta enorme perturbación de Europa. Hoy asistimos a la épica tragedia: ¿y después? ¿Qué nos aguarda?

* *

Los que creen en el triunfo de los alemanes, suponen que ejercitarán, ya sin rebozo ni obstáculo, la hegemonía en el mundo. Y, cuando esta hegemonía haya de terminar (pasados dos o tres siglos) vendrá otra, la del Japón, la de las caras amarillas. En pos, unidas las naciones sudamericanas, será de ellas el imperio universal. Y, cuando también decline el sol del otro hemisferio, les tocará la vez a las razas africanas, ya civilizadas y fuertes...

Fantasías proféticas. Ninguno de los que hoy vivimos veremos nada que a tal se asemeje. Nos contentaremos con saber si son los germanos o los ingleses los que ahora queden dominando el globo con su comercio, su industria, su desenvolvimiento colonial y su espíritu.

Un buen señor, de estos que se apocan, me decía que deseaba el triunfo de los alemanes, porque al cabo los ingleses eran protestantes y muy propagandistas. ¡Bah! Tampoco los alemanes se pasan de ortodoxos.

Naturalmente, podemos exclamar que entre herejes anda el juego, y todo es cometer herejías: la de Reims, la de Arras...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

SUEÑO DE CIUDAD, POR JACINTO M.^a MUSTIELES, dibujo de Carreres



... y ella graciosa y felina, desplegó el hociquillo y rió también

— ¡Primo, esto es un escándalo! ¡No se puede mirar a ninguna parte!.. ¡Aquí... allá!.. Pero, hijo, por Dios. ¿es que tenía mucho calor esa gente?

Y añadía entre enfadada y risueña, con ese mimo coquetón que tan bien sienta a las muchachas lindas:

— ¡Eres un descarado y un pagano y un!.. ¡Vaya, que no vuelvo más aquí!

El primo reía denodadamente; reía con verdaderas ganas y luego, sentándola en un rincón del estudio, donde los cuerpos se hundían en el sofá mullido, sobre aquella piel amarilla tan rica y tan confortable, procuraba calmar su hociquillo con explicaciones de su arte. ¡Valiente arte y valiente pillito! La primita lugareña no se avenía con el desenfado del pariente pintor. Argumentaba como en su colegio de monjas la enseñaron. El primo, transigente al fin, dió a la linda lugareña la razón en todo, y ella, gra-

ciosa y felina, desplegó el hociquillo y rió también.

— Bueno, pero hazme el favor de ponerles un trapo a esas figuras.

Y él, como en juego de chiquillos, iba cubriendo las limpias desnudeces de las esculturas.

— Eso es, ¿estás contenta? ¡Muy bien! ¡Mira, qué bonita ha quedado esta *Venus de la sandalia!* Talmente va a peinarse. ¿Este *Apolo!* En seguida... ¡Ajaja! ¿Ves? Lo hemos convertido en cocinero...

— ¡Aquel cuadro, primo!..
— ¡*El juicio de París!* ¡Del revés! ¿Qué se había creído el muy presumido?

Y la linda prima lugareña, sin perdonar nada que escandalizara su pudor, revolvió el estudio de parte a parte. Y fué entonces cuando sobre una arquilla



gótica descubrió aquellos retratos, que contempló despacio, muy despacio, con ojos tal vez de femina envidia, tal vez con dejo de rencorcillo...

— ¿Es tu... novia?

- No, prima, no; yo no tengo novia. Es un alguien que pasó. Fué una amiga mía; una amiga... más amiga que las demás amigas; eso es todo.

- Pero... que te quiso..., que tú la quisiste, ¿verdad?

- No sé... Quizás sí; tal vez una apariencia que nosotros mismos creímos... Algo muy difícil de explicar. Ya pasó...

Ella le miraba con desconfianza incrédula, suspicaz. Y con los retratos en las manos, mirando alternativamente al primo que había quedado serio, muy serio, y la bella cabeza de mujer rubia, de ojos muy grandes, que debían fijarse con mucha fuerza, indiscreta, curiosona, quería penetrar en el misterio de aquello que era «muy difícil de explicar»...

- Nada, hija, lo que te digo. Unos amores cortos, sin principio ni fin. La ilusión de un momento que nos hace soñar la realidad de esos versos románticos que encuentras tan bonitos; el deseo de vivirlos. Tal vez la necesidad de un espíritu a quien abrazarse, en abrazo confortador de tanto tropiezo y tanta amargura obligada... No sé. En ésta fué algo como la atracción del peligro. Figúrate que, de amores viejos, unas flores se marchitaron sobre el pecho y algunos pétalos quedaron incrustados entre la carne; todavía perfumaban, pero dolián al respirar. Ella era el peligro de que, al pretender que con besos quitara las hojas marchitas, clavase las uñas en llaga incurable...

- Y... ¿clavó las uñas?

- Mató una esperanza más. No tiene importancia. Al fin una obra de caridad. Las lecciones de amor, los desengaños de amor, templan y perfeccionan. Hay que agradecerlos. De ordinario nos quejamos de tristeza cuando vemos, de detrás de los cristales, que llueve sin compasión... Ya ves, sin compasión para la ciudad, con amor para el campo: germina la fruta, reverdece los árboles, esclata las flores...

- ¿Dónde la conociste?

- Ni lo recuerdo. Esos retratos están ahí sólo por sentimiento artístico. Fíjate en los ojos; lindos ojos, ¿verdad? Mira la barba... Por lo demás..., como tantos otros... En un baile,

girando sin escuchar el vals vienés; en un jardín, al cruzarse tras unos macizos llenos de claveles y azucenas blancas; en la tertulia de un político, donde tomamos te y jugamos al bridge; en un concierto, cuando al intermedio flirteamos por los palcos bajo la impresión dulzona de una sonata alemana..., ¿qué sé? El momento es lo de menos; luego viene la impresión verdad, la de nuestro aislamiento o nuestra ponzoña de la vida, de nuestra ambición y nuestro temperamento, todo en amalgama con la necesidad de aquel espíritu al que abrazarse..., y se sueña con éste, con aquél..., la del palco del concierto, la del baile, la del jardín... Y es el sueño; un sueño ajustado a los principios, en desproporción a las fuerzas...

- ¡Un sueño ajustado a los principios!

Y él reía, y nuevamente la llevaba al sofá, donde el mareo de aquellos ochos días de gran ciudad, con teatros deslumbrantes y paseos amplios, aturdidores de tránsito y de ruido, de mujeres elegantes; ocho días de ambiente de despreocupación y de lujo, parecía que la embriagaba más, junto a las rosas tan rojas y tan grandes que tomaba para acariciar y volvía a dejar en el búcaro de vidrio.

- Si quieres le diré: sueño de ciudad. ¿Acaso el medio que nos forma y nos transforma no había de influir en nuestros sueños? En la ciudad no podemos soñar como vosotros, en la pureza y el retiro de las villas, soñaréis seguramente. Yo quisiera que confiaras tus sueños, los de niña educada en convento pueblerino y tostada luego por el sol ardiente de tus montes en flor, con una de nuestras burguesitas que pasean en coche por las tardes, que acuden al teatro para comentar los novios de las amigas y que guardan bajo la almohada una novela francesa que leen esperando el sueño..., el sueño que te digo, el sueño de ciudad, con un galán mundano y elegante, un automóvil eléctrico y un traje de muselina.

El primo reía otra vez, implacable con la linda lugareña, que sentía a las palabras del pintor como un asomo de humillación ingenua.

- Vosotros, en el monte, ni podéis tener las ambiciones de ciudad ni podéis sufrir el contagio de esta perversión de ideales. En el monte se ama más que en la ciudad, más puramente, quizás más prolongadamente. Amaréis con amor sereno, pacífico, metódico; sólo entran en rivalidad las flores de la

Ella, con los ojos en las rosas que deshace sin pensar, dice muy bajo:

- Es que... yo quisiera vivir aquí...

- ¿Aquí? ¿En la ciudad?

- ¡Claro, esto es muy bonito! ¡Tanto teatro y paseo y luces y vestidos tan elegantes, y sombreros con esas plumas tan altas... Mira, ayer me probé uno de tu hermana y decía que me estaba muy bien... ¿No crees que me estarían bien esos sombreros?

- Seguramente...

El pintor, con triste sorpresa, calla. Ella sigue sin rubor, como cosa lógica:

- ¡Si me casara aquí!..

- ¿Casarte aquí? ¿Se te ha ocurrido de veras?

- ¡Oh, primo!, exclama como en dulce reproche, estos días me decías que soy tan bonita...

- No es eso, nena. Claro que eres bonita, pero tu encanto mayor está en que no eres mujer de ciudad. Está en que tus ojos dicen la pureza de vuestras pinadas y tu boca la frescura de vuestros claveles y tu voz la melancolía de cencerillos de los cordeles que vuelven del prado a la hora de puesta. Está en tus ideales de trabajo y de ternura; en la apacibilidad de aquella plaza de la iglesia, con acacia y con fuente, que se refleja en algo de ti; en estas manos gordetas y encendidas que dicen de vuestros crepúsculos cuando coloran aquel «lago de la esperanza»; en el perfume de tomillo y de romero que yo percibo en tus cabellos; en tus brazos morenos, como muestran aquellas bellas muchachas cuando cortan de las cepas los racimos de oro; en tus sueños..., que no son sueños de ciudad...

- Entonces... ¡mi pobrecilla, qué tristemente lo decía! - Entonces...

Y el pintor volvió a coger las manos de la linda lugareña.

- Dime la verdad: ¿por qué has reñido con tu novio?

- No sé...

- ¿Me dejas que lo adivine?

- ¡No!, exclama ella vivamente.

Y él no puede mirarle los ojos porque los tiene muy cerrados, pero le ha visto la cara toda encendida, y le dice dulcemente, con una inmensa piedad de hombre ya viejo:

- ¡Prima..., mi prima bonita..., la

de los ojos de madrigal!.. Los hombres de ciudad no son hechos para ti, no sabrían quererte como tú mereces... La luz que estos días te ha deslumbrado, es toda luz de artificio; la vida que te sorprende, es comedia guñolesca; esta gente de ciudad es simple comparsa... Yo mismo..., ¡pobre histrión sin voluntad, andando a tumbos y dejando en ellos desgajadas las ilusiones de juventud!.. ¡Mi prima bonita!.. Créeme, vuelve a tu pueblo, llama a tu novio..., ¡si serás tan feliz con él, en tu monte todo perfume, todo pureza, todo luz del sol!.. ¿Lloras?

- No... Es que estas rosas... tenían espinas...

- ¡Pobrecitas las manos tan lindas! ¡Pícaras espinas que no comprendieron que pinchaban sobre otras rosas!.. Ven que te las cure...

Y el pintor besaba las manos de la prima lugareña, y ella lloraba más.

Y luego, unos días después, allá en el pueblo, volvía a llorar abrazada a su hermana en la íntima confesión.

- No volveré más... Tú llamas a Juan Antonio y le dices lo que quieras..., que yo no quería reñir con él, que fué una broma... Y no volveré más allá..., y aquél no vendrá tampoco, ¿verdad que no vendrá?

- No lo creo...

Y al oído, en abrazo muy firme, añadió confiando la vergüenza de su temor:

- Allí..., en el bolso... Lo quité de su cuarto... Escóndelo...

La mayor buscó el retrato del primo pintor y lo escondió sin apenas mirarlo.

- Si el padre piensa volver a la ciudad..., irás tú con él, ¿querrás?

- Sí, iré yo.

- Tú..., tú no habrías de llorar después, ¿verdad?

- ¡Qué chiquilla!

- Es que..., ¡si supieras cómo duele el corazón!

- ¡Pobrecita! ¿Por qué has querido soñar?

- ¡Un sueño de ciudad!.. ¡Decía que era sueño de ciudad!..



El general Manoury, defensor del campo militar de París
(De fotografía de Berliner Illustrations-Gesellschaft.)

huerta, los pinos de la montaña y el ganado manso de los cercados. Aquí..., ya lo ves, el afán de lujo, la elegancia de los viajes, la necesidad de cierta distinción, las emociones sucediéndose nuevas cada día, el baile, el teatro, los descotes, y las mujeres frívolas y los hombres aventureros y atrevidos... Borracheras de luz y de perfumes vosotros; aquí, borracheras de distinción y de champagne...

- ¡Oh, el champagne es muy bueno, muy dulce!

- ¿Te ha gustado? ¡Tonta, si es mucho más dulce la mistela que me dabais en vuestra casa, cuando tú eras muy niña y yo iba allá con mis padres!

En los cristales del estudio se deshacía el último rayo del sol que moría, en colores suaves repetidos por el espejo Luis XV. Una de las rosas rojas se había deshojado sobre la falda de la lugareña linda.

- Dime, allá arriba, en tu pueblo de pureza..., ¿qué sueñas tú?

Y la prima bajó la cabeza calladamente.

- ¿Tienes novio?

- Tenía... Hoy he reñido con él...

- ¿Hoy? ¿Por qué?

- No sé... No me gustaba... Era muy patán. Uno del pueblo de al lado, muy rico, pero... No es que fuera malo, ¿sabes?, que tiene fama del mejor de los mozos, y me quería mucho; pero...

Poco a poco, débilmente, insinuó la confesión:

- Nos llevábamos muy bien... ¡Claro! Allí se vive de cualquier manera... En mi casa también le querían..., y hoy ha venido a verme porque decía que en ocho días no podía vivir..., ¡ya ves qué tonto! Lo que yo quisiera es poder estar aquí mucho tiempo...

- Entonces..., ¿tú no le quieres?

- No, de ningún modo. Allá en el pueblo está bien, pero... hoy le he visto y me he convencido. Es un patán.

- Sin embargo, primita, tú has de vivir allá. Cuenta que no es justo exigirle lo que también en el pueblo sería desusado..., tal vez pugnando con la vida y el ambiente...

LA GUERRA EUROPEA



Tropas canadienses desembarcadas en Plymouth para unirse, en Francia, al ejército de los aliados

Apenas comenzada la espantosa guerra en la que toman parte actualmente nueve naciones y que amenaza arrastrar a la lucha a varios Estados que hasta ahora habían permanecido neutrales, Inglaterra recibió ofrecimientos de auxilio de todas sus colonias, deseosas de mostrar así su solidaridad con su metrópoli.

Estos ofrecimientos consistían no sólo en tropas sino también en cantidades considerables de provisiones y en importantes donativos en dinero, habiéndose abierto para este último objeto suscripciones voluntarias que alcanzan sumas de mucha importancia.

El Canadá ha sido uno de los dominios ingleses que con más entusiasmo han acudido en ayuda de la Gran Bretaña. En efecto, desde los primeros momentos organizó un numeroso ejército expedicionario, preparándolo debidamente y dotándolo de todos los elementos necesarios para intervenir con provecho en la contienda que se desarrolla en Europa.

Este ejército desembarcó hace unos días en Plymouth (Inglaterra) y desde allí fué enviado al campamento de Salisbury en donde ha efectuado su concentración y se le ha preparado definitivamente para marchar al teatro de la guerra.

La llegada de aquellas tropas ha sido comentada en los términos más entusiastas por la prensa inglesa y el pueblo inglés les ha hecho un recibimiento sumamente caluroso.

Según los diarios, los soldados canadienses son hombres robustos, vigorosos y valientes y entre ellos figuran muchos de origen francés. Entre las fuerzas de caballería ha llamado es-

Doctoras en Medicina del Canadá incorporadas a la Cruz Roja que actualmente se encuentran en el teatro de la guerra acompañando a las tropas canadienses. - Soldados canadienses desembarcados en Inglaterra y que actualmente luchan en Francia al lado de los aliados. (De fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)

pecialmente la atención un piel roja, jefe de tribu, adicto a Inglaterra y que presta servicio como simple soldado.

No es este, sin embargo, el último auxilio que el Canadá se dispone a enviar a su metrópoli. Según un despacho de Toronto, sir W. Borden, primer ministro canadiense, pedirá al Parlamento del *Dominion*, que ha de reunirse en uno de los días del presente mes, los créditos necesarios para reclutar y equipar un nuevo contingente de 30.000 hombres.

La conducta del Canadá ha motivado, según parece, la presentación por parte del embajador alemán al gobierno de los Estados Unidos de una nota en la que se dice, entre otras co-

sas: «Los actos hostiles del Canadá enviando a Europa soldados y recursos contra Alemania, justificarían que ahora o después el Imperio alemán realizase la acción correspondiente, desembarcando tropas en ese territorio y estableciéndose en él o procurándose una base naval.

»La Embajada imperial, sin embargo, se complace en manifestar al gobierno de la Unión, por encargo del gabinete de Berlín, que éste, prescindiendo de estos actos hostiles atentatorios a la doctrina de Monroe, mantendrá con los Estados Unidos y con las demás naciones americanas la misma conducta que hasta hoy.»



El tsar Nicolás II de Rusia revistando un regimiento de caballería que se dispone a partir para el teatro de la guerra. (De fotografía de Berliner Illustrations-Gesellschaft.)

LA GUERRA EUROPEA

Continúa encarnizada la lucha al Sur de Bélgica y al Norte de Francia, sin que la victoria se decida por ninguna de las dos partes beligerantes. Leídas

y el Vístula, y avanzan los rusos ocupando varias poblaciones de la orilla izquierda de este último río. Por la parte de Varsovia y Galizia, según parece,

dole graves averías y matando a dos personas que había a bordo. Poco después, un crucero turco bombardeó la estación y la ciudad de Theodosia, ocasio-



El emperador Guillermo II y el gran Estado Mayor alemán en el teatro de la guerra. A la derecha del emperador está el general von Falkenhayn, ministro de la Guerra; a la izquierda, el conde de Moltke, jefe del gran Estado Mayor alemán. (De fotografía de Oscar Tellmann.)

las notas oficiales del gobierno francés y las que la embajada alemana y el consulado alemán de Barcelona facilitan a la prensa, en todas se leen noticias análogas: unas y otras hablan de ataques y contraataques rechazados, de ofensivas que se convierten en defensivas, de posiciones perdidas y recuperadas, de pueblos tomados y más tarde evacuados, de asaltos contra trincheras, de sangrientos combates, de duelos formidables de artillería; en una palabra, de todo cuanto puede dar idea de una lucha verdaderamente épica. Pero en ninguna se refiere un hecho de importancia decisiva ni siquiera capital.

Trátase de dos murallas humanas que pugnan por romperse la una a la otra; pero los esfuerzos colosales de los que atacan se estrellan ante la colosal energía de los que resisten; y los muros no ceden y las brechas momentáneamente abiertas en uno de ellos se cierran en seguida con nuevos contingentes que ocupan el puesto de los que sucumbieron en la contienda gigantesca.

De todos modos, es evidente que los alemanes no han logrado todavía realizar su propósito de apoderarse de algunos puertos del Norte, como Nieuport y sobre todo Dunkerque, que parecía ser el objetivo de sus últimas operaciones, y que si bien han ocupado Dixmude, ha sido a fuerza de tantos sacrificios, que seguramente la presa no vale lo que les ha costado.

Aparte de la táctica habilísima del general Joffre y del valor demostrado por los ejércitos aliados, singularmente del belga, que ha tenido que sostener el principal empuje de los alemanes, una de las cosas que más han entorpecido el avance de éstos y aun en algunos puntos los han obligado a replegarse y a retirarse, ha sido la inundación causada por los belgas en los valles inferiores del Iser.

En el resto del teatro de la guerra francés, nada ha ocurrido digno de mencionarse; de las noticias oficiales francesas se desprende que así en el resto del ala izquierda como en el centro y en el ala derecha, los aliados han conseguido algunas pequeñas ventajas y realizado ligeros avances.

También en el teatro de la guerra oriental se combate de firme y continúan atribuyéndose ambos contendientes importantes victorias. Según informes de origen ruso, se libran encarnizados combates en la Prusia oriental; en todas partes se retiran con grandes pérdidas austriacos y alemanes, habiendo quedado libres de éstos varios gobiernos entre el Niemen

alcanzan asimismo los rusos muy notables ventajas.

La vaguedad de las pocas noticias que se reciben de procedencia germánica permite creer que estas ventajas son ciertas; en efecto, una de las últimas notas de la embajada alemana en Madrid dice que la lucha en el teatro de la guerra del Este no ha llegado a ser decisiva y que al Oeste de Varsovia los rusos siguen lentamente a las tropas alemanas que están formando nuevas posiciones.

Noticias de Nish afirman que los austriacos intentaron una nueva invasión de Serbia, pasando el Save bajo la protección de su artillería; pero fueron rechazados con grandes pérdidas; y de Cetiñe comunican que en la Herzegovina los montenegrinos han ocupado importantes posiciones, causando a los austriacos pérdidas de gran consideración y tomándose un importante material de guerra.

Continúa el bombardeo de Cattaro por los montenegrinos y por la escuadra francesa, que han destruido una de las principales fortalezas y muchas cúpulas y casamatas.

También prosigue con éxito el bombardeo de Tsing-Tao por los japoneses, que han destruido varias fortalezas alemanas.

El gobierno de Alemania ha negado que el contratorpedero inglés *Badgar* echase a pique, como dijimos en la última crónica, un submarino alemán, afirmando que éste volvió al puerto sin pérdida alguna.

El crucero auxiliar alemán *Emden*, que ha detenido y echado a pique numerosos barcos mercantes enemigos, entró en el puerto de Puloprang, en la península de Malaca, atacando y echando a pique al crucero ruso *Zhemchug*, de 3.200 toneladas, y al torpedero francés *Mousquet*.

Un submarino alemán ha destruido con un torpedo, en el estrecho de Dover, el crucero inglés *Hermes*, de 5.600 toneladas, cuando regresaba de Dunkerque.

Por si no fuese bastante grande el conflicto europeo, han venido a agravarlo los incidentes ocurridos en el Mar Negro y como consecuencia de los cuales puede darse por segura la participación de Turquía en la actual guerra al lado de Alemania y Austria.

He aquí lo sucedido según la versión rusa. Dos contratorpederos turcos entraron, en la mañana del 29 de octubre último, en el puerto de Odessa, tiraron sobre una cañonera rusa, echándola a pique, y dispararon sobre el vapor francés *Portugal*, causán-

do grandes destrozos en muchos edificios y en el muelle; y finalmente otro crucero turco, el *Hami-dié*, se presentó ante Novorossim intimando la rendición de la ciudad bajo amenaza de bombardearla.

La versión oficial alemana explica el hecho de muy distinta manera. Según ella, la escuadra turca, que estaba realizando maniobras en el Mar Negro, fué atacada el día 28 por la escuadra rusa; trabóse un breve combate y los buques turcos lograron echar a pique un barco cargado de minas, un torpedero, un cazatorpedero y un guardacostas rusos.

El gobierno de Petrogrado desmiente rotundamente esta versión, negando que los buques rusos rompiesen las hostilidades contra la escuadra turca.

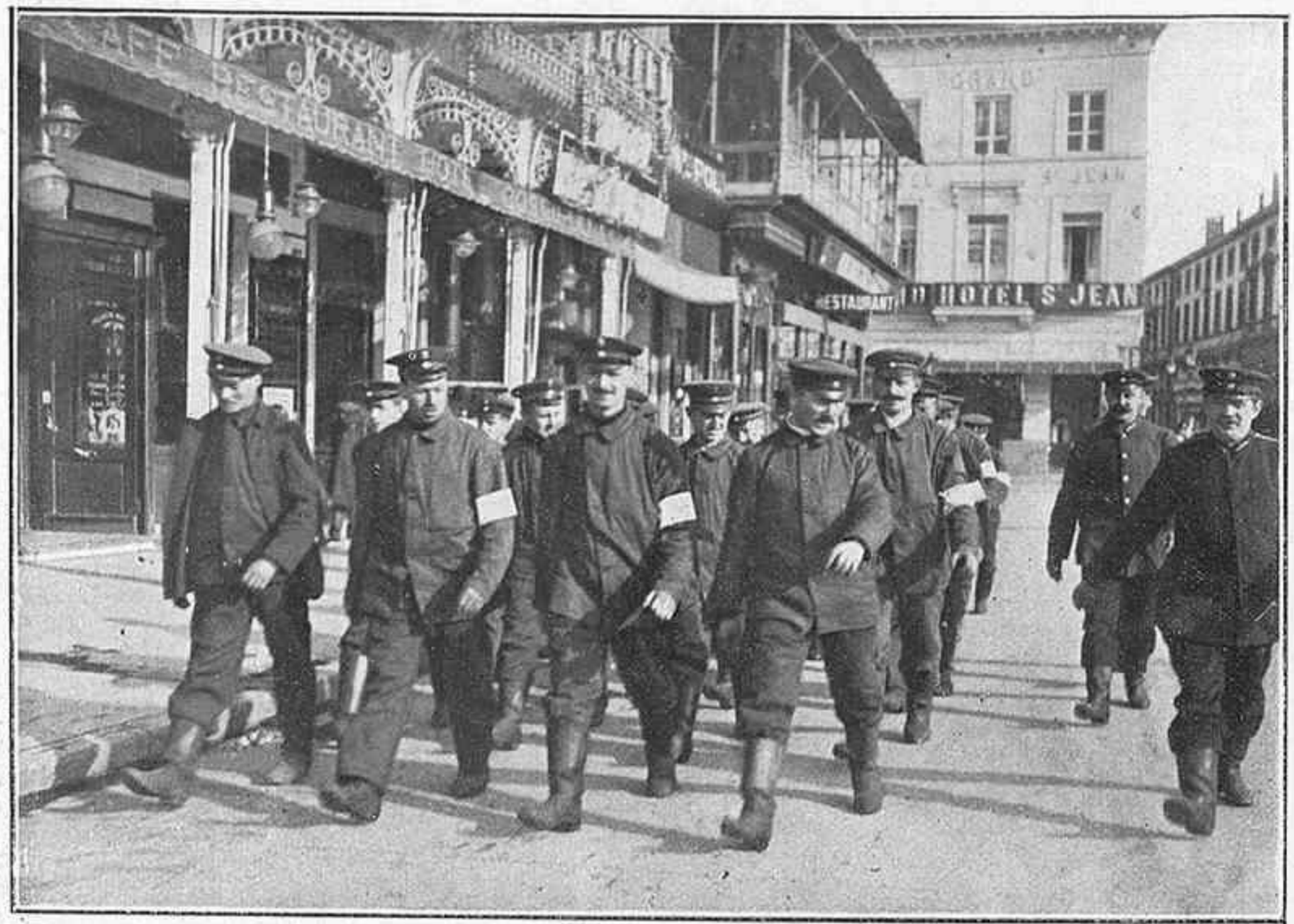
Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que el incidente dió motivo para una enérgica reclamación de Rusia y para que Inglaterra y Francia publicasen sendas protestas no menos enérgicas, y para que hayan quedado rotas las relaciones diplomáticas entre Turquía y las potencias aliadas, habiéndose retirado los embajadores ruso, inglés y francés cerca de la Puerta y habiendo recibido sus pasaportes los embajadores turcos acreditados en Rusia, Inglaterra y Francia.

En uno de los últimos combates ha muerto el príncipe Mauricio de Battenberg, sobrino del Rey de Inglaterra y hermano de S. M. la Reina Victoria de España. Según un despacho enviado a S. M. el Rey D. Alfonso XIII por el ministro de la Guerra inglés, lord Kitchener, el hecho ocurrió el día 27 de octubre último, yendo S. A. al frente de dos compañías de su regimiento, cuyos oficiales habían sido muertos o heridos. Con dichas fuerzas el príncipe atacó decidida y vigorosamente al enemigo, revelando un valor extraordinario; y cuando la lucha era más cruenta, un casco de granada hirió en la frente al príncipe, que falleció casi en el acto.

Con motivo de este triste suceso, la familia Real española ha recibido centenares de telegramas de pésame, entre ellos uno muy sentido del Presidente de la República francesa Sr. Poincaré.

El príncipe Luis de Battenberg, primer lord del Almirantazgo inglés, ha resignado sus altas funciones en manos del Rey impulsado por elevados sentimientos de delicadeza, teniendo en cuenta que sus vínculos de parentesco con las familias reinantes alemanas de que procede la suya le impedían seguir en el puesto de honor y de responsabilidad que le

(Continúa en la página 742.)



Tranvía requisado por soldados para usos militares. — Carteros alemanes enviados a Bélgica por haberse negado a desempeñar sus servicios los carteros belgas



Distribución entre los soldados de regalos enviados para ellos desde Alemania



Aldeanos en las inmediaciones de Bruselas llevando trigo a la ciudad

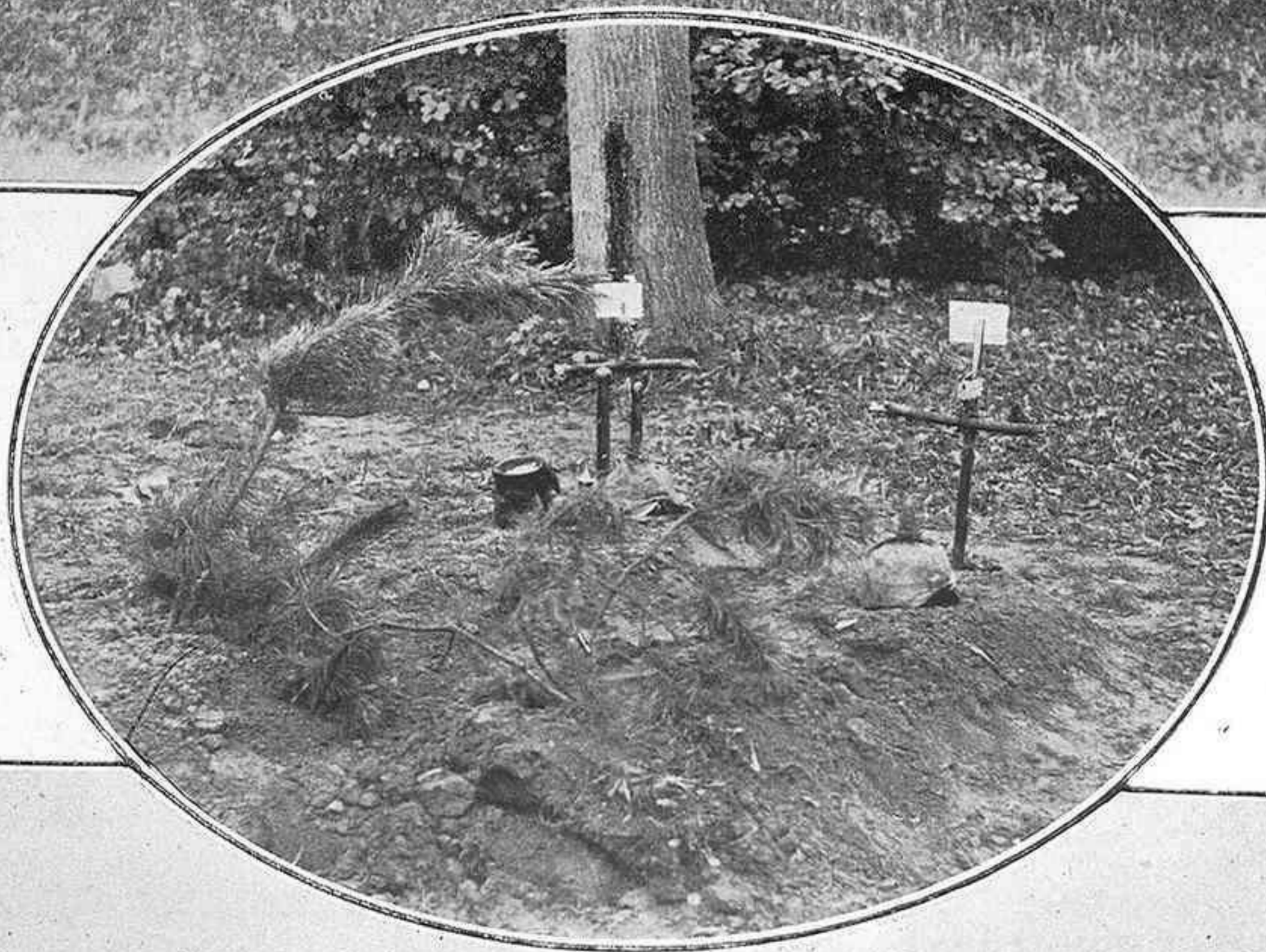


Soldados del ejército territorial comprando fruta



Por millares se cuentan los muertos en las actuales batallas; enterrados en montón en inmensas zanjas o destruidos por el fuego cuando las circunstancias no permiten su enterramiento, nada indica a las familias de los que sucumbieron el sitio en donde yacen sus seres queridos.

Sólo en algunos casos aislados son posibles los enterramientos individuales y entonces la piedad de los compañeros pone sobre las tumbas una tosca cruz y alguna de las prendas que usó el muerto y escribe el nombre del que allí reposa para siempre, se-



gún puede verse en el grabado adjunto. Otras veces depositan en ellas flores y coronas.

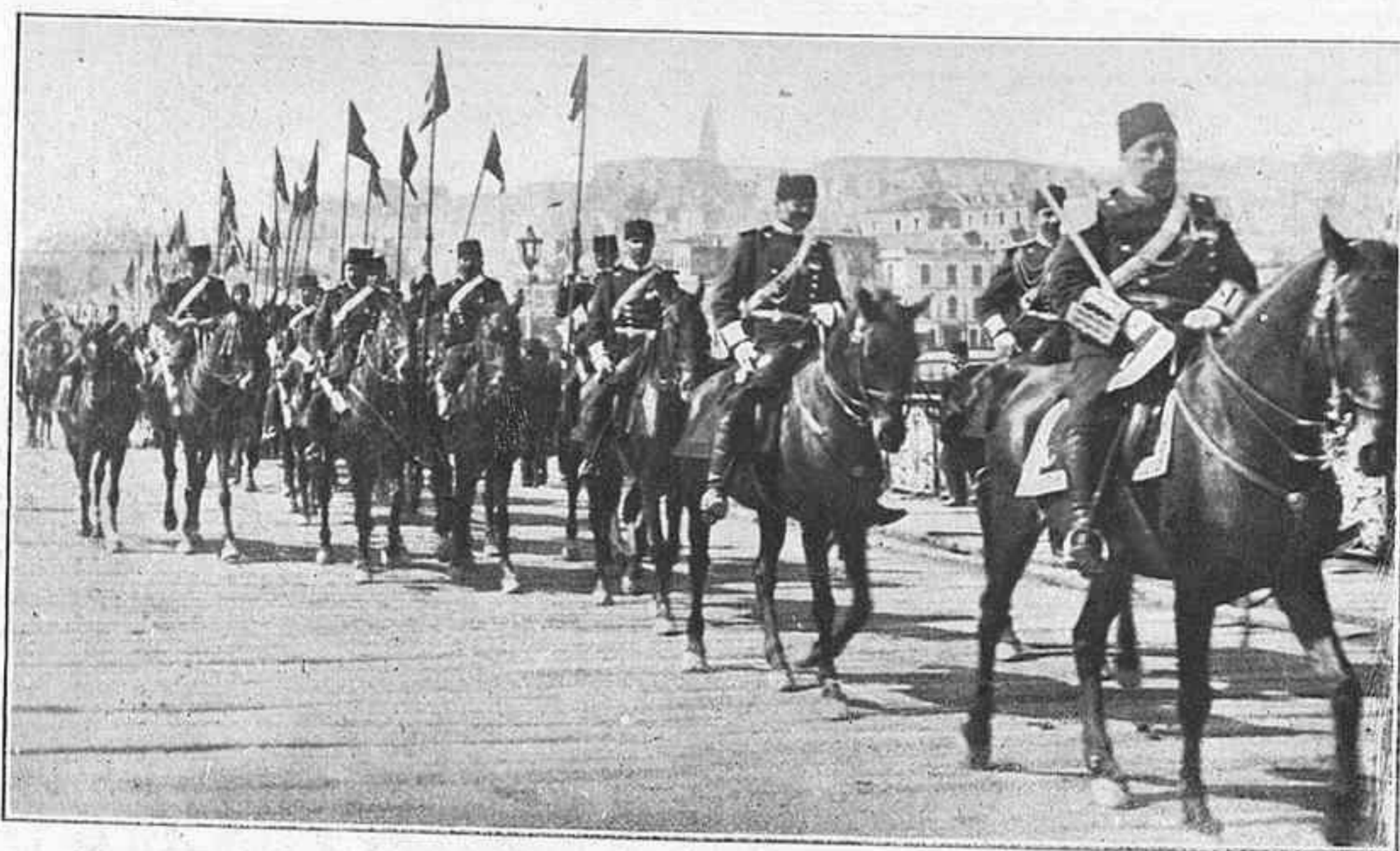
Esta piedad es para amigos y enemigos; así en las riberas del Oise, según testimonio de un alemán, sobre dos grandes fosas cubiertas de coronas de flores se leían las siguientes inscripciones: «Ofrenda de las mujeres francesas a los soldados alemanes, nuestros hermanos en Jesucristo.» «Por los soldados alemanes, nuestros hermanos en Jesús, muertos lejos de su patria, compadecidas de sus familias, rogamus por ellos.»



La guerra europea. - Columna de infantería francesa yendo a tomar posiciones. (De fotografía de Branger.) - Tumbas de soldados alemanes en las cercanías de Lovaina. (De fotografía de Berliner Illustrations-Gesellschaft.) - Un puesto de la Cruz Roja francesa en la estación de Aubervilliers preparando los alimentos destinados a los heridos conducidos en los trenes. (De fotografía de Branger.)



Fuerzas de infantería



Fuerzas de caballería

Movilización general del ejército turco

En la crónica de la guerra de este mismo número nos ocupamos de la intervención de Turquía en la actual guerra; por lo que aquí nos limitaremos a decir algo del ejército turco del que publicamos adjunto dos grabados.

El servicio en el ejército turco empieza a los veinte años y dura otros veinte. El servicio activo (*Nizam*) se presta durante nueve años, tres en filas y seis en la reserva, pasando luego el soldado al *Redif* o segunda línea, en la que permanece otros nueve años e ingresando finalmente por dos años en el *Mustahfiz*.

Las divisiones del *Nizam* están constituidas normalmente por tres regimientos de línea de tres batallones cada uno, un batallón de fusileros y seis o nueve baterías de campaña. La artillería se organiza con baterías de cuatro cañones si son de tiro rápido, y de seis piezas si son de modelo antiguo.

El *Redif* se divide en dos clases; componen la primera los que han estado tres años en activo y han cumplido los seis de reserva antigua, y a la segunda pertenecen los que por diversas causas no han prestado servicio en filas y pasan al *Redif* luego de una preparación militar. Las fuerzas del *Redif* son de



Prisioneros rusos en Brandeburgo descansando durante los trabajos que efectúan bajo la vigilancia de soldados alemanes

Infantería, pero en las movilizaciones se le asignan los contingentes de Caballería y Artillería no indispensables al *Nizam*.

La caballería *Hamidié* ha sido suprimida y en cambio se ha organizado una milicia de 24 regimientos, formados por reclutas de las tribus árabes del Asia Menor.

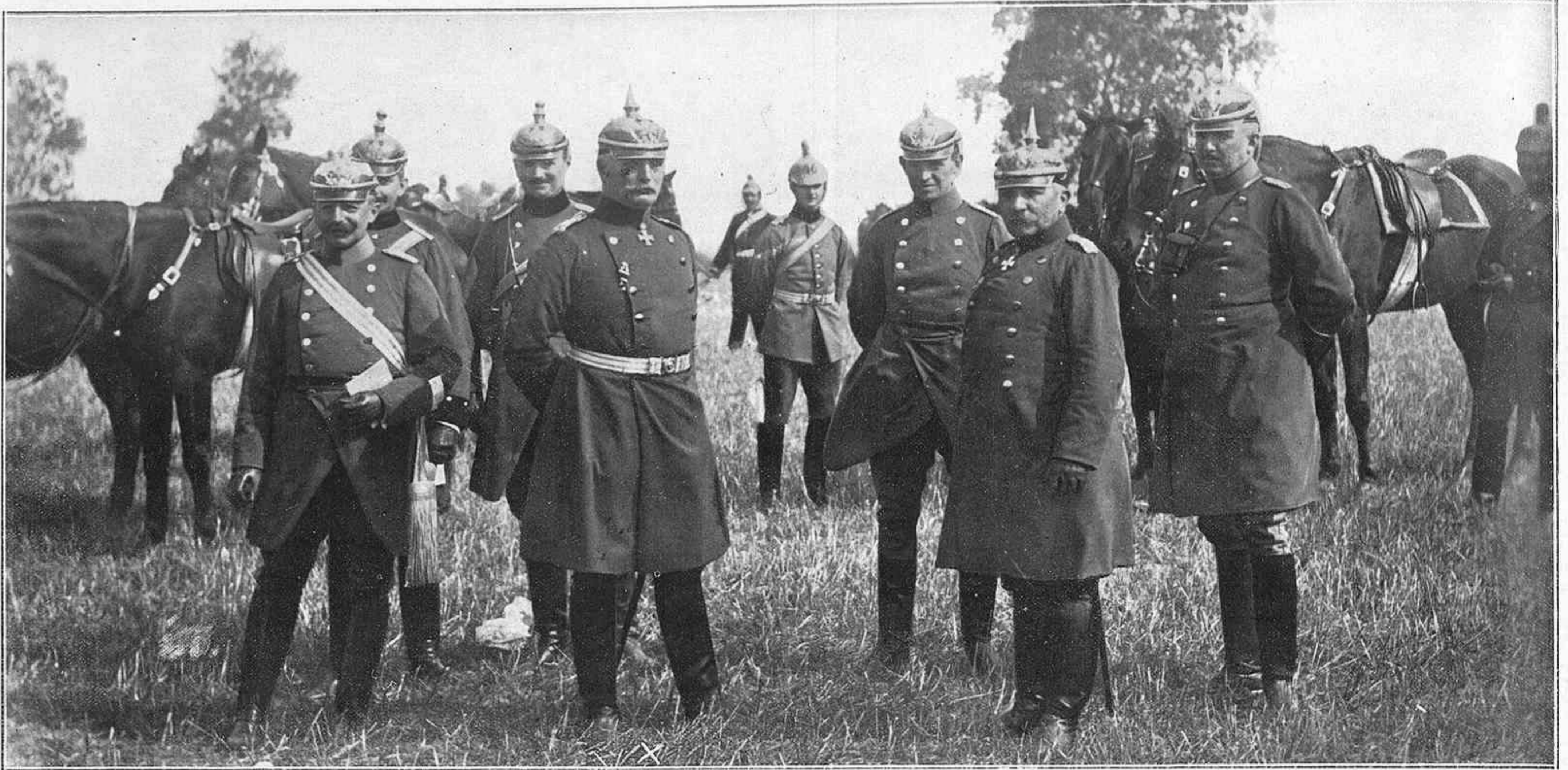
Un cuerpo de ejército consiste en dos o tres divisiones, una brigada de caballería, tres baterías de morteros, seis baterías de montaña, un batallón de ingenieros y una compañía de telégrafos. Hay en el *Nizam* 40 regimientos de caballería de cinco escuadrones cada uno, además de los veinticuatro antes mencionados. Las divisiones del *Redif* se componen de siete a doce batallones, generalmente de nueve.

Hay también una guardia fronteriza de 22 compañías y 42.000 hombres de gendarmería, de los cuales son plazas montadas de 16 a 17.000. Parte de la gendarmería se recluta en la reserva del *Nizam* y parte por alistamiento directo.

La infantería turca, tanto del *Nizam* como del *Redif* usa el Mauser de 7,65 milímetros, modelo 1890. La artillería de campaña dispone de cañones de 7,5 centímetros E. F. Krupp y de antiguas piezas de 8,7 centímetros.



En la Prusia oriental. - Refugiados prusianos que huyen ante la invasión de los rusos. (De fotografías de Berliner Illustrations-Gesellschaft.)



El alto mando del ejército alemán. El príncipe Alberto de Wurtemberg (x), jefe de uno de los ejércitos alemanes que operan contra Francia, rodeado de su Estado Mayor, en el teatro de la guerra. (De fotografía de Oscar Tellgmann.)

había sido confiado. En la carta dirigida al ministro de Marina presentando la renuncia de su cargo, dice:

«He llegado últimamente a la penosa conclusión de que en estas circunstancias mi nacimiento y mi parentesco son, en cierto modo, incompatibles con mis funciones en el Almirantazgo. En esta situación, creo que es mi deber, como súbdito de S. M., resignar el cargo de primer lord naval del Almirantazgo, esperando que con esto se facilite la tarea de administrar este gran servicio, al cual he dedicado mi vida entera, y se mitigue la ardua labor de los ministros de S. M.»

El ministro contestó a esta carta con otra en la que después de reconocer los móviles elevados en que se inspira su resolución y de dedicar calurosos elogios a la labor realizada por el príncipe que tan principalmente ha contribuido al próspero y eficien-

te estado de la flota británica, termina diciendo: «Tengo que expresar públicamente mi profunda adhesión y la pena que siento de que termine vuestra colaboración oficial que ha durado tres años. En todas las circunstancias tendríais razón para obrar como lo habéis hecho. El espíritu en que os habéis inspirado es el mismo en el que el príncipe Mauricio de Battenberg ha dado su vida por nuestra causa, y en el que vuestro hijo se inspira siguiendo ahora en la Armada.»

El Presidente de la República francesa ha visitado nuevamente el campo de batalla, acompañado de los Sres. Ribot, Sembat y Millerand, ministros de Hacienda, del Trabajo y de la Guerra respectivamente. Antes de dirigirse a la línea de fuego estuvo en París, en donde asistió a una sesión de la Academia Francesa, inspeccionó varios servicios militares

y algunas instalaciones de la Cruz Roja y visitó el cementerio militar de Pantin, depositando una gran corona de flores sobre la tumba de los soldados muertos en defensa de la patria, y el hospital de Beaujón.

De París marchó a Dunkerque, celebrando allí con los ministros de la Guerra inglés y belga una extensa conferencia, a la que asistió también el generalísimo Joffre y en la que se puso de manifiesto la unanimidad con que los Estados Mayores de los aliados aprecian la situación actual.

Con el generalísimo Joffre visitó luego al Rey Alberto de Bélgica, a quien expresó su ferviente admiración por el ejército belga y los entusiastas votos que hacían los franceses por el triunfo de la causa que defienden los dos países. El monarca agradeció aquellas manifestaciones y elogió con entusiasmo el valor del ejército francés.



Soldados escoceses asistiendo a los oficios divinos en el campo de batalla. (De fotografía de Chusseau-Flaviens.)

POR CASAR A SU HIJA

NOVELA ORIGINAL DE ENRIQUE GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE N. MARTÍ CABOT. (CONTINUACIÓN.)

La novia, a quien ellos no veían más que por la espalda, llevaba un traje de muselina blanca muy ajado ya por la ceremonia y el almuerzo; pero con la

- Las dos suegras han tenido ya ocasión de reñir, dijo Ratier que se sentía siempre filósofo; y la madre de la novia le ha dicho a su hija, al levantarse de la

nuestra sociedad por condescendencia y porque le ha prestado algunos servicios al coronel.»
- ¿Cuando se case usted, Ratier, dijo en voz alta



N. Martí Cabot

- Sí..., sí..., en efecto, me acuerdo vagamente..., pero lo había olvidado por completo

flor de azahar en la cabeza y el velo caído sobre las espaldas parecía rebosante de dicha y de orgullo.

- No la veo más que por la espalda, dijo Ratier, y adivino que revienta de alegría. Debe de ser una camarera o una cocinera que se casa con un camarero de restaurant. Ahora pondrán un establecimiento, quebrarán al poco tiempo y volverán a servir, robando indignamente a sus patronos y después se quejarán toda la vida de que la adhesión y fidelidad a sus amos los ha arruinado.

Poco después pasaron por delante de otra boda que no parecía estar tan unida como la primera.

Evidentemente las familias de los novios no se habían puesto de acuerdo. Los héroes de la fiesta marchaban pomposos y malhumorados, el uno tirando hacia la derecha y el otro hacia la izquierda, dándose el brazo lo menos que podían.

mesa: «¡Ah si yo hubiese sabido la clase de familia en que ibas a entrar. ¡Pobre hija mía!, vas a ser muy desgraciada.» Jamás la madre del novio perdonará eso a la madre de la novia, porque es ésta la que ha traído el dinero y aquél no tiene más propiedad que su bigote y su nariz griega.

Madama Slavsky encogióse de hombros con una sonrisa que significaba muchas cosas.

«En este momento voy invitada por usted, decía aquella sonrisa, y por consiguiente no quiero desagradarle; pero, pobre amigo mío, con todo su ingenio y su gracia es usted muy vulgar y al mismo tiempo demasiado cínico. Todas esas cosas pueden suceder; pero no se mencionan, al menos en nuestra sociedad, y eso es siempre lo que separará a una mujer de la alta nobleza polonesa de un francesillo, burgués, venido no se sabe de dónde y admitido en

Madama Slavsky, siguiendo el hilo de sus ideas que Ratier había seguido tan bien como ella mirándola, vendrá usted al Bosque de Bolonia?

- Ciertamente, señora. Yo no soy más que un modesto burgués y seguiré la costumbre de mis antepasados que me legaron su fortuna y los medios de hacer otra cuando me haya comido la primera, lo que no tardará mucho en suceder, esté usted bien segura de ello. Yo vendré al Bosque de Bolonia con toda mi familia, que no es numerosa, ¡ay de mí!, y hasta abrigo el temor de no tenerla, salvo algunos primos cuyo nombre y señas ignoro; pero con todos mis amigos y los de mi futura, así como sus parientes muy lejanos... Mi boda será soberbia. Ya verá usted, tengo una idea..., creo que se hablará de mí.

- ¿Piensa usted casarse?, preguntó la señora Slavsky creyendo necesario dar conversación a Ratier.

— ¡Ya lo creo!.. Y mejor dos veces que una..., si tengo la desgracia de quedarme viudo.

— ¿Tiene usted los medios de hacer una fortuna?, preguntó el coronel, que no había cogido más que esta palabra en el fárrago verboso de Ratier.

— Sí, mi querido coronel.

— ¿No habría posibilidad de ponerla en acciones? — Desgraciadamente, mi querido amigo, el medio a que he hecho alusión hace poco no se puede emplear en acciones; no tiene efecto más que para mí solo. Yo lo siento; crea usted que si no fuera por eso... Además tendría que redactar prospectos como para los *Aurochs*.

El coronel suspiró y la señora Slavsky frunció el entrecejo. No le gustaba oír hablar de los *Aurochs*.

Katia, a pesar suyo, hizo un movimiento para advertir a Ratier que entraba en un terreno resbaladizo. El, más bien que verlo, lo adivinó y sintió que una oleada de sangre cálida le subía al corazón y que era sin duda el impulso de su reconocimiento.

— Ahí tiene usted otra boda, Sr. Ratier, dijo Katia para torcer el giro de la conversación.

Los novios venían a su encuentro; debían de haber marchado muy aprisa, pues los del séquito, sudorosos y jadeantes, seguíanlos a bastante distancia. La enamorada pareja avanzaba sin fijarse en el camino; la novia, cabizbaja, sonrosada y sonriente, iba pendiente de las palabras de su marido y a veces alzaba hacia él una mirada furtiva, que esquivaba recelosa en cuanto él la miraba. El llevaba aprisionada en la suya la manecita enguantada de blanco que reposaba en su brazo y hablaba bajo, muy bajo; pero ella le oía muy bien y no perdía ni una sílaba.

— Esos, dijo Ratier mirándolos con ojos llenos de dulzura y de simpatía, éstos son dignos de respeto porque... se aman.

Katia ruborizóse e interpuso su sombrilla entre él y Ratier.

El landó se detuvo, como era justo y natural, en el restaurant de la cascada. Allí se hallaban reunidas tantas bodas de todas las especies, que en medio de aquel torbellino los horóscopos de Ratier no sabían dónde posarse. Después de haber repuesto sus fuerzas con algo sólido y reconstituyente, los paseantes se dirigieron al lago.

Había llegado la hora del desfile y carruajes de todas clases se cruzaban en doble fila. La señora Slavsky parecía interrogarlos con la vista. ¿No podía estar allí como en todas partes el marido ambicionado para Katia? Los designios de la Providencia son impenetrables; por eso hay que esforzarse en ayudarlos todo lo que se pueda para obligarlos a descubrirse cuando llega la hora de que se cumplan.

La señora Slavsky asaeteaba con sus impertinentes casi a todos los carruajes sin perdonar ni a las calesas. Y vio toda suerte de hombres: rubios, morenos, calvos, delgados, gruesos, entecos, enfermizos, asmáticos, tísicos, condecorados y sin condecorar, gastados por la vida y por los apuros pecuniarios... Estos tenían mejor aspecto que los otros y guiaban mejores caballos.

¿Cómo distinguir a los célibes de los viudos y a éstos de los casados?

Los casados no eran difíciles de conocer, pues a veces van con sus mujeres; en cuanto a los célibes la señora Slavsky se dijo *in petto* que las leyes deberían obligarlos a llevar una pluma en el sombrero u otra insignia parecida que los hiciera del todo reconocibles.

Ratier, apoyado en el respaldo de su asiento, lo contemplaba todo con ojos de filósofo y en aquellos instantes, de filósofo satisfecho y complacido del mundo. Apenas si de cuando en cuando una palabra de la señora Slavsky provocaba en él una respuesta incisiva; sentíase «demasiado dichoso para morder», empleando su propia frase. Aquel cielo tan hermoso, el placer que experimentaba de haber podido realizar su capricho, quizás otra secreta voluptuosidad adormecida en el fondo de su corazón, todo contribuía a darle el aspecto satisfecho y pacífico de un hombre que no tiene preocupaciones de ningún género.

— Mira Catalina, dijo de pronto la señora Slavsky, mira qué carruaje tan raro viene por ahí.

Ratier, curioso como una mujer, volvióse vivamente y se puso a observar el vehículo. Arrastrada por un caballito negro, de grandes pezuñas pero muy lindo, y engarzada en grandes ruedas, avanzaba una especie de cesta de mimbre, pintada de negro, con una banqueta en medio para dos personas. Ratier no cesaba de contemplarla con mucha atención.

— ¡Eso no es un coche!, exclamó, sino una especie de canasto. Han hecho muy mal en quitarle la tapa. ¿Quién diablos será el propietario?

El que iba en aquel extraño vehículo no ofreció nada de particular al incesante examen de Ratier,

que cambiando de idea con la habitual movilidad de su espíritu, fijóse en un inmenso *dog-cart* que dominaba a la cesta desde la altura de su nobleza viendo con asombro que el conductor de los dos grandes caballos, altos como el monte Valeriano y adornados con cintas color cereza, era Remisof.

— ¡Es Remisof!, exclamó, Remisof que pasea al *groom* de Tattersall. Y luego le acusarán de tener gustos antidemocráticos. ¡Qué injusticia! ¡Miren ustedes! Voy a felicitarle.

Y quitándose el sombrero y levantándolo por encima de su cabeza, elevando el brazo todo lo que pudo miró fijamente al joven ruso. Este, a la sazón muy ocupado en vociferar contra la cesta negra que le obstruía el paso, obligándole a marchar con lentitud, no dejó por eso de notar la nobleza de aquel gesto y, cosa extraordinaria en él, al ver el landó, su rostro adusto iluminóse repentinamente con una expresión gozosa y hasta hizo un movimiento para detenerse; pero esto era imposible, pues el desfile, interrumpido por un momento, volvió a recobrar su curso, y el sitio era muy poco propicio para dar la vuelta. Tuvo que contentarse con saludar y sonreír.

— ¡Bueno!, exclamó Ratier. ¡Yo que me había formado el propósito de ofenderle! ¡Y se ha sonreído!, ¡no cabe duda! Y una sonrisa de Remisof cuesta muy cara. Al menos así lo supongo yo al ver que las economiza.

— Es un joven muy digno, dijo la señora Slavsky. El coronel me ha contado que le había hecho un favor...

— Porque no le quedaba otro remedio. Le conozco... Pero no deja de ser un buen muchacho.

— Es muy rico, ¿no es eso?

— ¡Inmensamente rico! No tiene más que veinticuatro años, pero bien aprovechados... Excelente partido.

Madama Slavsky, al ver que Ratier había penetrado en su pensamiento, se puso roja de cólera; Katia, al contrario, lanzóle a Ratier una mirada de maliciosa satisfacción. El coronel, entonces, interviniendo en la conversación con aquella oportunidad que le era tan propia, habló largamente de los méritos financieros de Remisof.

Mientras peroraba de esa manera pastosa peculiar de todas las personas reblandecidas y enervadas, el landó abandonó la fila de carruajes para regresar a París. En el momento en que franqueaba la puerta del bosque llamóle la atención el pataleo de unos caballos a sus espaldas, y de pronto viéronse envueltos en una nube de polvo producida por el *dog-cart* de Remisof que, al colocarse a su lado, estuvo casi a punto de hacerles volcar.

— Quería presentar mis respetos a esas señoras, dijo Remisof desde lo alto del pescante; no nos encontramos a menudo con nuestros compatriotas. Quisiera que se me concediese el honor de ser presentado en la casa de la señora Slavsky...; mi querido coronel, aunque el momento no es oportuno, quisiera usted hacerme el favor...

El coronel no tuvo inconveniente en ello y la señora Slavsky accedió a su demanda con el encantador agrado de una buscadora de maridos que cree haber dado con uno.

Habiendo conseguido ya su objeto, Remisof volvióse al bosque a deslumbrar otros ojos mientras el landó corría hacia el arco de la Estrella.

— ¿Y Josia?, preguntó de repente Ratier cuya alegría había desaparecido.

— Josia anda por ahí buscándonos un piso, respondió Madama Slavsky; antes de que termine la semana habremos dejado ya esa horrible vida de hotel.

— ¡Por la de los pisos amueblados!, observó Ratier. Hace usted muy bien, señora, hace usted muy bien. ¿Tendrá el honor de ser admitido en su casa, yo que tengo el gusto de conocerla hace mucho más tiempo que Remisof y que le he hecho algunos favores, y esto no es echárselos en cara, a nuestro querido coronel? ¿No es cierto, coronel?.. ¿Podré ir a presentar a usted mis respetos en su nueva morada?

Catalina reíase a hurtadillas, y su madre cogida en el lazo de aquella frase de la que no podía retractarse, otorgó al joven su consentimiento de muy mala gana.

«¡Ah!, ¡no te gusta!, se dijo Ratier. No importa. Yo iba a convidaros a comer a ti y al coronel. Katia no come, no vive más que de chocolate... De modo que me tratas como un perro, después que te he paseado, lo que me cuesta cuarenta y cinco francos, comprendidos los refrescos y las propinas. Está bien, no te invitaré; págate tú la comida. Me iré a comer yo solo.»

Los tres poloneses bajaron en el bulevar. La señora Slavsky comprendía que su deber era el de invitar a Ratier a comer y no se sentía inclinada a ha-

cerlo. El coronel, más noble y generoso, lo hizo en su nombre; pero Ratier rehusó.

— Lo siento mucho, dijo, pero estoy comprometido en otra parte... Ya pasaré uno de estos días para conocer su nueva casa, señoras, y tener el honor de presentarles mis respetos.

Les hizo una respetuosa reverencia y volviendo a subir al landó desapareció rápidamente.

«Me gustaría saber a dónde va», pensó Katia, mientras se volvía a peinarse para ir a la mesa. Y al cabo de un momento añadió:

«¿Y a mí qué me importa? Debía de avergonzarme de sentir tanto interés por ese muchacho. No sé realmente dónde tengo la cabeza.»

Katia se echó a llorar, de modo que tuvo que lavarse los ojos con agua fría y enjugárselos después.

«Soy una necia, se dijo, y es preciso que esté muy desequilibrada de nervios para sentirme tan triste y tan alegre sin motivo. Se me figura que tengo demasiada familiaridad con ese muchacho. Va a envanecerse demasiado. Voy a tener que cambiar de conducta.»

Katia bajó al comedor, y como llegó la última la riñeron por su falta de puntualidad, participándole al mismo tiempo que Josia había encontrado un piso en la calle Miromesnil, a donde se mudarían al día siguiente.

Ratier entretanto habíase ido a comer su guisado de cangrejos, y sorprendido al no hallarle tan sabroso como de costumbre, riñó al camarero y quejóse al amo; pero como le pasara lo mismo con los demás platos de la comida, acabó por creer que no era la culpa del cocinero y le envió su felicitación por el asado.

Después de comer y de tomar un café exquisito y una copita de chartreux verde, Ratier se levantó, encendió un cigarro, tomó por la calle de Rivoli y encaminóse a casa de Remisof.

Este interesante personaje acababa también de comer, y rendido a causa de las proezas que había realizado aquel día, bostezaba en el comedor suavemente consultando de cuando en cuando su reloj sin que se le ocurriera la idea de pasear su aburrimiento por las Tullerías hasta la hora de la apertura de las Varietés, a donde tenía proyectado ir a pasar la noche.

Al ver a Ratier hizo una mueca de desagrado y le tendió una mano dándole un débil apretón.

— No crea usted que vengo a pedirle dinero, dijo a quema ropa el joven francés, es todo lo contrario. Supe el otro día que andaba usted algo escaso de fondos y vengo a preguntarle si no le vendrían mal uno o dos billetes de mil francos.

— ¡Muchas gracias!, dijo Remisof agradablemente sorprendido, esta mañana he recibido fondos.

«Ya lo sabía yo, se dijo Ratier interiormente, si no, no hubiera venido.»

Y luego añadió en voz alta:

— Bueno; lo dejaremos para otra vez. Ha de saber usted, amigo mío, que en cierta ocasión me encontré lo mismo que usted y por lo tanto comprendo lo desagradable que es estar en París y no poder divertirse... En fin, ya sabe usted que me tiene siempre a sus órdenes.

— ¿Es usted rico?, preguntó Remisof sacudiendo su pereza habitual.

— Si entiende usted por rico el poseer una fortuna colosal como la suya, estoy muy lejos de ser rico, respondió Ratier, y luego aparte añadió:

«A ti te gusta que te pasen la mano por el lomo y voy a complacerte, no tengas cuidado.»

— Al lado de un hombre como usted, dijo después en voz alta, que puede gastar impunemente mil francos por día, soy un pobretón. Yo no gasto más que de cincuenta a sesenta mil francos al año; con esa cantidad yo le aseguro a usted que uno puede divertirse muy bien.

Remisof hizo un gesto de asentimiento, todo lo cortés que se lo permitía su naturaleza ruda y adusta; había tenido siempre a Ratier por un pobre muerto de hambre que no vivía más que a costa ajena.

¡Pobre Ratier! Semejante juicio no podía ser más injusto, porque él, al contrario, siempre se había visto esquilado por los demás. Este cambio de papel fué muy favorable al joven francés. Ya que era rico convertíase en un ser interesante y hasta podía llegar a ser su compañero cotidiano. Remisof mostróse desde entonces muy comunicativo con él.

— ¿Vió usted qué caballos más hermosos guiaba yo ayer?

— ¡Son enormes!, repuso Ratier.

— Puede que los compre... Aun no estoy decidido... En mi vida he visto otros más fuertes.

— Ni yo he visto tampoco otros que fueran más grandes, dijo Ratier, deben comer enormemente.

Estas palabras dieron qué pensar a Remisof; si

gustaba de tirar el dinero por la ventana, de cuando en cuando acometía un exceso de avaricia y entonces escatimaba todos sus gastos como un avaro.

— Todavía no estoy decidido. Dígame, ¿fue usted quien invitó a esas señoras a pasear?

— ¿Quién se lo ha dicho a usted?, preguntó Ratier riéndose.

— No necesito que me digan ciertas cosas para saberlas, replicó Remisof.

El rostro de Ratier adquirió una expresión de extraordinario asombro.

— ¡Qué perspicacia!, dijo. Sí, fui yo.

— ¿Ha comido usted con ellas?

— Me invitaron, pero rehusé su invitación.

Remisof se quedó sorprendido.

— ¿Rehusó usted? ¿Y por qué?

— Tenía un negocio entre manos, respondió evasivamente Ratier.

Remisof pareció que meditaba. Al cabo de un instante dijo:

— Esa señora Slavsky es una mujer imposible.

— Habría que saber qué es lo que entiende usted por imposible.

Remisof se mordió el bigote antes de responder.

— Creo que el coronel y ella son muy amigos y es además sumamente gastadora y aficionada al juego.

En una palabra, no sirve...

— Para suegra, ¿no es eso?

— ¿Quién le ha dicho a usted que yo pensara en ello?, preguntó Remisof desconcertado.

— Usted mismo, amigo mío, usted mismo. El año pasado me dijo usted: «Me gustaría mucho casarme con la señorita Slavsky, pero su madre es imposible», replicó Ratier que mentía impunemente.

— ¿Está usted seguro de que yo dije eso?, preguntó el joven ruso que dudaba aún.

— ¡Y tan seguro! ¿De dónde quería usted que yo lo hubiera sacado?

Este argumento tranquilizó algún tanto a Remisof.

— Sí, es verdad que se me había ocurrido, pero creía no habérselo dicho a nadie.

— Me lo dijo usted una tarde en el bulevar Bonne Nouvelle a eso de las cinco, asegúrole Ratier a quien su ingenio sugirióle instantáneamente aquella escena supuesta.

— Sí..., sí..., en efecto, me acuerdo vagamente...; pero lo había olvidado por completo.

«¡No es extraño!, pensó Ratier, que se desvanezca el recuerdo de lo que no ha pasado nunca...»

— Pero ahora, querido, dijo Remisof, he cambiado de idea.

— ¿Acerca de la señora Slavsky?

— No; a causa de ella... Créame usted que todos esos supuestos pretendientes me inspiran muy poca confianza. ¿Cómo se explica que una muchacha tan linda como Catalina, tan graciosa y que parece hecha a torno vea deshacerse sin una razón plausible todos los casamientos que la preparan? En algo tiene que consistir, querido.

— ¡Claro está!, en su madre.

— Algo hay de por medio que no se dice, que acaba por saberse y que ahuyenta a los novios.

Ratier escuchó toda esta tirada sin perder su expresión de buen humor...

«Si yo pudiese romperte los huesos, pensaba Ratier entretanto, vil calumniador de mujeres, me quedaría muy satisfecho; pero cuestan muy caro, más de lo que vales, de seguro.

— ¿Verdad que tengo razón?

— No sé nada ni creo que digan nada tampoco.

Me parece que la vida de la señorita Katia no puede ser más clara ni más transparente desde que la pasean por toda Europa, buscándole un marido.

— Razón de más, replicó el otro. Me parece que Catalina es tan imposible como mujer, como su madre como suegra. Pero ¿qué le pasa a usted?

— Nada, un calambre, respondió Ratier cogiendo una silla que acababa de arrojar contra el suelo; esa pobre silla ha recibido un puntapié que no la estaba destinado. ¿Qué decía usted, mi excelente amigo?

— Decía que Catalina es adorable... como entretenimiento... Voy a hacerle desde hoy una corte asidua y a colmar a la mamá de halagos y obsequios... Hasta le prestaré dinero.

— ¿Cuánto?, preguntó tranquilamente Ratier.

— Psché..., cinco o seis mil francos... Con eso me ganaré sus simpatías.

— ¡Cinco o seis mil francos!, exclamó Ratier lleno de admiración. ¡Cómo se conoce que es usted millonario!

— Los vale.

— ¿Quién, la madre?

— No; la hija.

— Vale aún más de lo que usted se figura.

— Opino lo mismo que usted. No me gana usted a admirarla.

— ¿Y espera usted obtener su cariño?, preguntó el joven francés.

— ¡Claro está!

— Yo creo que haría usted muy bien en casarse con ella.

— ¡Qué disparate!

— Esa es mi opinión.

— Pues que se le quite a usted de la cabeza, dijo Remisof con aire de superioridad.

— ¡Muy bien! Me tendrá usted al tanto ¿no es eso? Remisof hizo un gesto de asentimiento, con gallardía ya de vencedor.

— Buenas noches, dijo Ratier, puesto que no necesita usted mi dinero, me voy.

— ¿A dónde?

— No puedo decírselo a usted. Tengo una cita de negocios... Una colocación de dinero.

— ¡Ah! ¿presta usted?

— Al seis.

— No está mal, pero en Rusia se presta al ocho, sin dificultad.

— Desdichadamente estamos en Francia. ¡Adiós! A Ratier le costó tanto trabajo el hallar su sombrero, que no vio la mano que le tendía Remisof.

Metió las suyas en sus bolsillos y salió.

Aun estaba abierto el jardín de las Tullerías aunque envuelto ya en la sombra. Las terrazas cubiertas de arena parecían blancas bajo la negrura intensa de los árboles; por los macizos se paseaban parejas de enamorados hablándose en voz baja.

Ratier se dirigió a grandes zancadas hacia el macizo más próximo y cogió una de las sillas que estaban apiladas al borde, sacudiéndola energicamente.

«¡Ah, miserable!, le decía, ¿tú crees en las historias que inventas? ¿Tú quieres que Katia te sirva de entretenimiento? ¿Vas a prestarle a la madre a más del ocho por ciento para granjearte su benevolencia? ¡Aguarda!, ¿que no sabes quién soy yo?»

Y golpeó el suelo con tanto furor con la silla que ésta se rompió lanzando un crujido plañidero.

«¡Ah! ¡te quejas, gruñón! Espera que esto no es nada; ya sabrás con el tiempo de lo que es mi cólera capaz.»

Y le asestó a la silla un puntapié tan formidable que acabó de romperla; entonces se cruzó de brazos y la contempló con satisfacción.

Absorto en sus pensamientos no vio venir a la mujer que alquilaba las sillas que se acercaba renqueando. Al levantar Ratier la cabeza se encontró con ella a su lado.

Gracias a la obscuridad hubiese podido ocultar su fechoría, pero su nativa honradez no se lo permitió; así es que dijo a la pobre vieja:

— Acabo de romper una de sus sillas. ¿Cuánto vale?

— ¿Una de mis sillas?, exclamó la vieja, sillas tan sólidas y tan hermosas, de haya y tan bien empajadas. Pero ¿qué le había hecho a usted la silla ésa?

— La he tomado por uno de mis amigos y la he emprendido con ella.

La vieja le miró asustada.

— ¡Está loco! ¡Dios mío! Una silla como esa vale seis francos. El gobierno me las hace pagar a seis francos.

— Eso no vale más que veinticinco sueldos, replicó Ratier. ¡Tome usted cuarenta y buenas noches!

Y volvió a la espalda a la vieja, pero ésta se puso a gritar y a echar maldiciones, yendo en su seguimiento. Los varios transeuntes volviéronse hacia él y le miraron con espanto.

— ¡Al diablo la probidad!, se dijo Ratier, siempre me da el mismo resultado.

El escándalo aumentaba. Algunas personas interrogaban a la vieja, cuya voz chillona y estridente no cesaba de resonar. Temeroso de una algarada que pudiera hacerle pasar la noche en la Prevención, Ratier tomó una resolución repentina.

— ¡Al ladrón!, aulló, echando a correr con todas sus fuerzas al lado del Sena.

Las voces diseminadas en la sombra repitieron: «¡Al ladrón!», y la gente empezó a correr detrás de él.

Ratier, sin dejar de correr, repitió nuevamente:

— ¡Al ladrón!, ¡detenedle!

Y luego, girando bruscamente a la derecha, dejó que los que le perseguían se extraviaran sobre una falsa pista. En cuanto hubo llegado al borde del macizo, revistió el aire tranquilo de un burgués que se pasea y salió del jardín por la puerta de la calle Castiglione, mientras que en los macizos continuaban resonando confusas exclamaciones.

«Ya me figuraba yo, decía Ratier hablando consigo mismo, pisando pocos instantes después la acera de la calle de la Paz, ya me figuraba yo que ese animal tramaba algo en el tapón de garrafa que lleva sobre su cuello interminable a guisa de cabeza. En la manera en que se hizo presentar hace poco por el

tierno Boleslao me dije que meditaba alguna necesidad. Ahora que lo sé estoy contento. Estoy encantado, ¡pardiez!, si no lo estuviera, sería muy descontentadizo.»

Sin embargo, no parecía estar muy satisfecho pues marchaba con paso rápido y seco, hiriendo el pavimento con el tacón de su bota.

«Voy a coger a Josia por mi cuenta y a hacerle hablar.»

Pero Josia no estaba en el café, donde hallábasele habitualmente cuando su jefe se divertía; no estaba en ninguna parte, al menos en ninguna parte donde Ratier pudiese sospechar su presencia. Y la razón de no encontrarle era porque en aquel momento hallábase en un palco de las Varietés, en donde no podía ver nada porque las damas que estaban delante de él obstruíanle la vista del escenario. Pero Josia ya que no podía ver nada seguía el espectáculo en el rostro de Katia de la que entreveía apenas el perfil. ¡Qué le importaba a él lo que pasaba en las tablas!

Durante el entreacto, Remisof, que los había encontrado al fin, fué a hacer el gracioso al lado de las damas; pero el palco era muy pequeño y Josia, sin sospecharlo, fué un obstáculo para los proyectos del joven. ¡Si Ratier lo hubiese sabido! Precisamente a aquella misma hora Ratier le colmaba de maldiciones. Estaba visto que Josia no tenía suerte.

Transcurrieron bastantes días. Cuando la señora Slavsky hubo instalado todos sus baúles en su nuevo piso; cuando Josia hubo visto con gran sentimiento suyo poner una cama suplementaria para miss Amrhot en el cuarto que había escogido para Catalina, cama que cerraba una de las dos ventanas e incomunicaba, condenándola, la puerta que daba al cuarto de la señora Slavsky; cuando el coronel hubo tomado la costumbre de ir a ver a su encantadora amiga en lugar de esperarla en su sillón al lado de la ventana; en fin, cuando todos los arreglos estuvieron terminados, Bárbara tomó el partido decisivo de hacer visitas a fin de presentar a su hija a los amigos que tenía en París.

Nosotros no la seguiremos en todas sus peregrinaciones porque no acabaríamos nunca. En casa de algunas señoras no la recibieron, lo que simplificaba la cuestión; en casa de otras fué recibida con esa ceremoniosa y glacial cortesía que significa: por una vez pase, pero que no se repita. En otros sitios fué recibida muy bien, pero fué precisamente donde ella no quería cultivar las relaciones de una manera continuada y constante.

«A falta de pan buenas son tortas», dice un sabio proverbio, y la señora Slavsky resignóse a comer tortas cotidianamente, aunque sin renunciar al pan para los días extraordinarios, es decir, los días en que invitara a su salón rojo y oro a los jóvenes ricos y de buena cuna que no dejaría de hallar en un sitio o en otro, como siempre le había sucedido.

De pronto, acordóse oportunamente de que en un tiempo tuvo una amiga muy bella y muy a la moda, que había abandonado el mundo de resultas de «una catástrofe que la había herido en sus más caras afecciones», según dijeron algunos periódicos de la época.

Nadie más propia que la hermosa señora de Haupelles para ayudar a Bárbara en aquellas circunstancias puesto que había renunciado a las cosas de la tierra. No faltaba más sino que quisiera.

Para salir de dudas, la señora Slavsky decidió dejar un día sola a Catalina en la casa. Púsose un traje de seda negra, severo pero elegante; un sombrero negro con una pluma blanca y un grupo de campañillas blancas a un lado, el abrigo, parecido al traje, sombrilla negra, guarnecida de valenciennes, y guantes negros. Un velillo negro moteado completaba su irrepachable atavío.

Cuando estuvo vestida mandó a buscar un cupé de lujo, exigiendo que el cochero luciera librea negra; subió al coche y se dirigió a la calle de la Universidad.

La señora de Haupelles habitaba el primer piso de severa apariencia; su amiga halló su dirección en la lista de damas fundadoras de una obra de caridad exótica y esperaba encontrarse en una casa muy solemne y muy respetable, pero no en tanto extremo.

En el patio, un cochero afeitado, gordo y fresco paseaba un tronco de caballos cuyo magnífico aspecto delataba el buen alimento y la extrema respetabilidad.

No se veían en los bulevares caballos como aquellos, que si bien estaban acostumbrados a ir desde San Sulpicio a Vaugirard en unos cinco minutos, sabían correr noblemente y levantar los cascos con decencia, como cuando se tiene el honor de llevar a personas respetables.

(Se continuará.)

SUBLEVACIÓN MONÁRQUICA EN PORTUGAL

A raíz de los acuerdos adoptados por el gobierno portugués para movilizar el ejército a fin de enviar un contingente de tropas al teatro de la guerra a luchar al lado de los aliados,

sediciosos era ir a Leiva, Obidos y Caldas de Rasohe, donde esperaban reclutar gente que se adhiera a la sublevación. Créese que contaban con las tropas de la frontera, que estaban comprometidas, y se dice que hace dos



La sublevación monárquica en Portugal. — Voluntarios de la República persiguiendo a los sublevados. — El Dr. Pacheco Soares (1), jefe civil del movimiento monárquico, conducido al Gobierno civil por el Comisario de Policía (2). (De fotografías de A. Rato.)

estalló en Portugal una sublevación monárquica que pudo ser fácilmente sofocada.

El día 21 del mes pasado, un teniente de caballería, Enrique Constanco, con cuatro sargentos y algunos centenares de campesinos, asaltó la Escuela de Tiro de Infantería, instalada en el convento de Mafra, y después de prender a dos oficiales,

meses estuvieron en Portugal los jefes monárquicos Azevedo Coutinho y Paiva Couceiro con objeto de preparar el plan revolucionario para la restauración, plan que consistía en amotinar las provincias y provocar insurrecciones entre civiles y militares, ofreciendo que al volver la monarquía no irían los soldados a la guerra.

El teniente Constanco ha sido preso y lo han sido también, entre otros, su padre político D. Manuel Figueira Freire, el conocido hombre público Homen Christo y el Dr. Pacheco Soares, jefe civil del movimiento. Este último fué detenido en Alandra: iba vestido de vendedor y se le encontraron encima documentos comprometedores, entre ellos unas instrucciones para cortar las líneas férreas y telegráficas de Mafra a Cintra.

El Dr. Eduardo Pacheco Soares, que se halla encarcelado, dice que los monárquicos tenían asegurado el movimiento con magníficos elementos militares y civiles y buenos jefes.

«Nuestra victoria, ha dicho, estaba más que garantizada, debido a su bien preparada ramificación por todo el país; pero al final todo falló. Quien debía aparecer en primer lugar ni siquiera dió señales de vida. Fué una verdadera cobardía, pues la corriente contra la marcha de las tropas portuguesas a la guerra favorecía grandemente el movimiento.»



El cardenal Gasparri, nombrado recientemente Secretario de Estado del Vaticano. (De fotografía de Argus.)

EL CARDENAL GASPARRI

S. S. el Papa Benedicto XV ha nombrado Secretario de Estado del Vaticano, en substitución del fallecido cardenal Ferrata, al cardenal Pedro Gasparri, personalidad dotada de grandes talentos y de suma habilidad diplomática acreditada en una larga práctica.

Nació monseñor Gasparri en Capovallazza di Ussita el 5 de mayo de 1852 y estudió con notable aprovechamiento en el Seminario diocesano de Nepi y en el Pontificio de Roma, en donde se doctoró en Filosofía, Teología y Derecho canónico.

El cardenal Mertel, que conoció las brillantes cualidades del joven sacerdote, nombróle su secretario particular. Al poco tiempo obtuvo Gasparri la cátedra de Teología en el Seminario Romano y la de Derecho Canónico en el Colegio Urbano de Propaganda Fide.

Por indicación del cardenal Richard se trasladó a París, en donde se encargó de la cátedra de Derecho Canónico del Instituto Católico, en el que prestó durante diecinueve años meritorios servicios. En aquella época publicó varias obras jurídicas muy notables, entre ellas una sobre el *Matrimonio*, otra sobre la *Eucaristía* y otra sobre las ordenaciones.

Llamado a Roma en 1898, fué nombrado arzobispo de Cesarea, en Palestina, y enviado poco después como delegado apostólico a las repúblicas del Perú, Bolivia y Ecuador, en las que permaneció cuatro años.

Volvió luego a Roma y entró a desempeñar la secretaría de la Congregación de Negocios Eclesiásticos extraordinarios, y en aquel importantísimo puesto pesó sobre él una gran parte del ímprobo trabajo de la lucha de la Santa Sede con la República francesa. Más tarde, cuando Pío X decretó la codificación del Derecho canónico, fué nombrado presidente de la comisión encargada de obra tan colosal, en la que ha sido refundida y reformada toda la jurisprudencia de la Iglesia de Roma.

En 1906 visitó los Santos Lugares y en el consistorio del año siguiente fué promovido por S. S. Pío X a cardenal de la orden de los presbíteros.

En el último cónclave, obtuvo algunos votos de purpurados italianos.

Su designación para la Secretaría de Estado del Vaticano era prevista, pues de entre todos los cardenales se le consideraba como el más indicado para suceder a monseñor Ferrata.

LYDA BORELLI

Esta eminente actriz italiana que actualmente está dando una serie de funciones en el teatro de Novedades, era ya conocida de nuestro público, que guardaba de ella gráfimo recuerdo y que, al volver a verla tras unos años de ausencia, la ha acogido con el mismo entusiasmo que la vez primera, premiando así sus méritos excepcionales.

En Lyda Borelli se juntan todas las cualidades que pueden exigirse a una artista para calificarla de excelente: figura hermosa y esbelta, rostro bello y expresivo, voz encantadora, temperamento artístico, talento preclaro y conocimiento profundo de los recursos escénicos.



La eminente actriz italiana Lyda Borelli, que actualmente da una serie de representaciones en el Teatro de Novedades de esta ciudad. (Fot. facilitada por Merletti.)

Merced a esta conjunción de dotes naturales unas y por el estudio adquiridas otras, puede abordar los más diversos géneros, desde el drama al vodevil, y hacer de todos los personajes que interpreta verdaderas creaciones, imprimiendo en todos ellos, además del carácter que el autor les ha dado, el sello peculiar de su concepción propia que, sin destruir aquél, le presta la originalidad y el realce de todo lo que siendo obra del genio, es intensamente sentido por un alma privilegiada.

El público barcelonés ha premiado la labor de la Borelli con calurosas y repetidas ovaciones.



La guerra europea. - Un héroe ascendido a subteniente en el campo de batalla, dibujo de G. Scott

Bien quisiéramos designar a este héroe por su nombre; pero el periódico inglés que refiere su odisea no lo menciona. Por otra parte, en esta guerra en donde el heroísmo se manifiesta a cada paso y en cada momento, ¡cuántos hechos memorables permanecen anónimos!

El protagonista del hecho que este grabado reproduce se distinguió en Roye; era ayudante y mandaba treinta y dos hombres, la mitad de lo que quedaba de su compañía. Cuando se trató de recuperar Roye, se le encargó la defensa de un puesto que se le señaló, dándole la consigna de que se mantuviese firme; y firme se mantuvo en efecto. Al caer la noche, el grueso de la fuerza con la cual cooperaba se replegó, no queriendo exponerse a una sorpresa nocturna en la población; pero él, que no había recibido ninguna orden, quedó allí con sus treinta y dos hombres. El enemigo, en gran número, avanzó por la ciudad, que había recuperado, y sólo cuando llegó a una distancia de 50 metros, el ayudante reconoció a los alemanes, a quienes recibió con nutrido fuego. Contestaron aquéllos vigorosamente, cayendo una verdadera lluvia de

balas. Aquel puñado de hombres resistió y continuó disparando. El nutrido fuego atrajo sin duda a las tropas francesas y al fin el ayudante pudo salvar a sus hombres, llevándolos primero a una cantera, después a un bosque y finalmente al cuartel general.

«No éramos más que veinte, decía el jefe de aquel puñado de héroes. Ignoro lo que ha sido de los demás; pero sostuvimos la posición contra millares de enemigos el tiempo suficiente para permitir a nuestras tropas volver y rechazarlos más allá de Roye. A la mañana siguiente, el coronel pasó revista a mis diecinueve soldados; nos dijo que habíamos realizado una proeza, me abrazó y allí mismo me ascendió a subteniente.»

Después, para festejar su ascenso, se le concedieron unos días de descanso; era la única recompensa que no había ambicionado. Las horas de inactividad le parecieron largas y del mismo modo que un prisionero aspira a su libertad, él no tuvo más que una ilusión: volver al fuego y empezar nuevamente.

LA GUERRA Y LA CARIDAD. - ENFERMERAS ILUSTRES

En varias ocasiones hemos hablado del hermoso espectáculo que, con motivo de la presente

Otros muchos ejemplos podríamos citar por el estilo, pero nos limitaremos a mencionar algunos de los más salientes.

La tsarina de Rusia ha organizado los servicios del hospital instalado en el palacio real de



La célebre cantante Adelina Patti visitando a los heridos belgas en un hospital de Swansea. (De fotografía de Chusseau-Flaviens.)

guerra ofrece la caridad en sus diversas manifestaciones y sobre todo atendiendo al cuidado de los heridos, y hemos señalado el hecho de que en esta santa obra cooperan las más linajudas damas con las mujeres de condición más humilde.

El adjunto grabado es una confirmación de lo que decimos. La célebre cantante Adelina Patti, la artista admirable que todos los públicos del mundo han aplaudido y que jamás negó el concurso de su voz maravillosa y de su incomparable arte a ninguna obra benéfica, ahora acude a los hospitales y prodiga sus consuelos a los que derramaron su sangre en defensa de su patria.

Tsarkoie-Selo y atiende personalmente y con celo extraordinario a los heridos, ayudándola en esta tarea las grandes duquesas Olga y Tatiana.

La condesa de París y la duquesa de Guisa han instalado y dirigen un hospital en Randán.

La duquesa de Chartres ha transformado en ambulancia su castillo de Saint-Firmin.

La condesa de Vendome acoge y cuida a los heridos en Wimbledon.

S. M. la exreina Amelia de Portugal es simple enfermera de la Cruz Roja en Londres.

Y la misma exemperatriz Eugenia, a pesar de su edad avanzadísima, se dedica al cuidado de los heridos en Inglaterra.



MANUAL DE LA INSTALACIÓN DE LA VIVIENDA MODERNA SALONES, GABINETES Y OTROS APOSENTOS

POR ALEJANDRO KOCK

Se ha publicado, lujosa y elegantemente editado por el reputado editor Alejandro Kock, de Darmstadt, el tomo cuarto de esta importante obra, en la que en otras ocasiones nos hemos ocupado con motivo de la publicación de los tomos anteriores y que es un completo tratado gráfico del mueblaje y de la decoración de la vivienda moderna. Contiene este tomo más de 250 ilustraciones, algunas de ellas en colores, que abarcan todo cuanto se refiere a salones, salas de confianza, salas de música, despachos, gabinetes, *halls* y otros aposentos, presentándonos varios ejemplares de conjunto de cada una de estas habitaciones y reproducciones de muebles y accesorios sueltos, todo ello del mejor gusto, de la mayor originalidad y acomodado a diferentes estilos, a cuál más elegantes.

Los mobiliarios, accesorios y objetos de decoración, así como las disposiciones e instalaciones de conjunto de los distintos aposentos, son reproducciones de proyectos de reputados artistas, arquitectos e industriales.

Es, pues, este *Manual* un libro verdaderamente suntuoso y una obra de gran utilidad que puede ser consultada con gran provecho así por los particulares como por los industriales y arquitectos.

HIPOFOSFITOS SALUD

COMBATE
ANEMIA
ESCROFULISMO
NEURASTENIA
INAPETENCIA

ANEMIA DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
El más activo y económico, el único Inalterable. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, París.

HISTORIA GENERAL de FRANCIA

ESCRITA PARCIALMENTE
POR REPUTADOS PROFESORES FRANCESES

Edición profusamente ilustrada con reproducciones de códices, mapas, grabados y facsimiles de manuscritos importantes, á 50 céntimos cuaderno de 32 páginas

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

PARA CURAR SIN MOLESTIA
CALLOS Y DUREZAS
CALICIDA
ESCRIVA

ES EL
UNICO REMEDIO DE ÉXITO SEGURO

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVOKE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN